

400840
MADE IN SPAIN



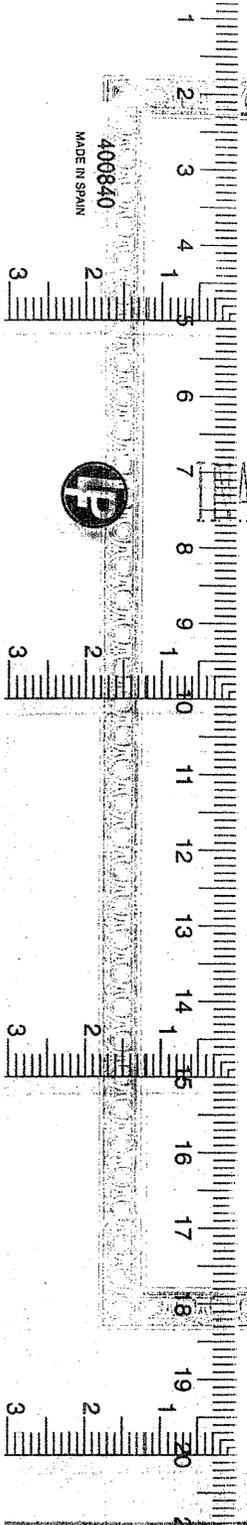
FOMENTO DE LAS ARTES.

INAUGURACION DEL CURSO

DE 1888-89.



IMPRESA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA.
1888.



FOMENTO DE LAS ARTES.

INAUGURACION DEL CURSO

DE 1888-89.



IMPRESA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA.
1888.

876 111

FOMENTO DE LAS ARTES.

INAUGURACIÓN DEL CURSO

DE 1888-89.

C
31
1888-30/10



IMPRESA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA.
1888.

MEMORIA

leída por el Secretario

Don José Huertas Lozano.

TRAZAR una Memoria en que se dé cuenta exacta de los trabajos realizados por EL FOMENTO DE LAS ARTES durante el último curso transcurrido, es deber que el Reglamento de la Sociedad impone al Secretario 1.º de la misma. Sensible es en la ocasión presente, muy sensible, que tan alto deber haya recaído sobre mí, que sin crearme apto para dar cima feliz á tan árdua empresa; que sin contar con elementos algunos que no sean los que me ofrecen, de una parte, la solemnidad del acto á que asistimos, y la importancia cada día mayor de esta Sociedad de estudio y trabajo constantes, y de otra los que pueda prestarme vuestra indulgencia, nunca desmentida cuando se trata de escuchar á quien sin otro título que las simpatías que sus amigos le dispensan ocupa un puesto que nunca mereció, trato de hacer relación de los triunfos alcanzados el año último por EL FOMENTO DE LAS ARTES.

Que no moleste vuestro ánimo esta frase, ni os induzca á crearme cegado por exagerados optimismos. Dije triunfos, por que en el batallar incesante de las actividades sociales, en que por manera tan dura é insensata combaten las inspiraciones con los deseos, los delirios con las ambiciones, las ideas con la voluntad; porque en la inmensa batahola del mundo en que bullen vertiginosamente los antagonismos de escuela, los principios de doctrina y los pesimismo apasionados de la fantasía, fomentados por el absurdo juicio que nació al cruzar la mente de los hombres el ensueño fascinador; porque en medio del desequilibrio de la razón y de los estravíos del entendimiento que parecen ser doloroso patrimonio de nuestras Sociedades, son triunfos brillantísimos, gloriosísimas victorias las que alcanzan el trabajo y la ciencia, manifestándose con la maravillosa amplitud que en todas las esferas lo han hecho en el seno de una Asociación de tan noble abolengo como esta. Como esta que busca con la educación moral é intelectual de los niños de hoy,

las seguridades de la honradez en los hombres de mañana; que arranca del vicio miserable de la holganza las almas vírgenes, las inteligencias jóvenes, para despertar en unas y en otras el amor al trabajo y el respecto á la sociedad en que penetran, por que sabe que el trabajo es el camino sagrado de la redención, y el respeto mútuo entre los hombres, la mejor garantía de paz en la familia y de engrandecimiento en la nación; como esta que dejando al tierno infante embebido en las delicias de la contemplación de un mundo desconocido, el de las ideas, que con la educación le descubre, toma al adolescente y al adulto para escarbar en su seno y arrancar todo germen de vicio y de maldad, dejando por únicos dueños del corazón y del pensamiento al honor y la virtud, cuando no pueda dejar la inspiración y la sabiduría; como esta que busca la esencia inteligente de la criatura para cambiarla en pensamiento, y el pensamiento en acción, y la acción en obra, que así será noble y levantada, como lleva por base una ordenada enseñanza; como esta en fin, que, despreciando las armas todas con que en diversas épocas por enemigos injustos ha sido combatida, supo mantenerse siempre á la altura que pertenece al principio que le dá vida, y sobre el cual echó cimientos indestructibles por virtud de la alta misión que persigue.

Si los trabajos realizados por EL FOMENTO DE LAS ARTES, no han de ser considerados como gigantes victorias, como señalados triunfos, valiera más que su historia se perdiese en el pasado como se pierde el gemido del viento entre el apretado ramaje de la floresta, y que el nombre de los que á EL FOMENTO han dedicado su vida y su esfuerzo, no volviese á figurar jamás entre los de los vivos, por más que entonces llenaría un lugar entre los de los mártires y acaso de los héroes.

El primer acto de carácter oficial que tuvo lugar el año último, fué la elección de Junta Directiva que quedó constituida en la forma siguiente:

PRESIDENTE HONORARIO.— *Ezmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.*

ID. EFECTIVO.— *Sr. D. Vicente Arteaga González.*

VICEPRESIDENTE.— *Sr. D. Antonio Marín Gámez.*

DIRECTOR DE ESTUDIOS.— *Sr. D. Luis Sansón Granados.*

BIBLIOTECARIO.— *Sr. D. José Aguilera López.*

CONTADOR.— *Sr. D. José Aguilera Garrido.*

TESORERO.— *Sr. D. Rafael Benavides.*

VOCAL 1.º.— *Sr. D. Ricardo Torres Giménez.*

VOCAL 2.º.— *Sr. D. Francisco Rodríguez Villarreal.*

VOCAL 3.º.— *Sr. D. Miguel Fernández Jiménez.*

SECRETARIO 1.º.— *Sr. D. Juan Huertas Lozano.*

ID. 2.º.— *Sr. D. Enrique Galvez Fernández.*

ID. 3.º.— *Sr. D. Antonio García Sánchez.*

Siguiendo las inspiraciones de este Directorio, y dando cumplimiento la Sociedad á los preceptos señalados en sus Estatutos, estableció sus medios de acción formando un cuadro de asignaturas y profesores completísimo.

Entre aquellas las hay que encierran conocimientos de toda especie; desde las que forman los grupos de enseñanza elemental, base de todos los conocimientos humanos, hasta las que ofrecen estudios de mayor importancia y mas complicado fundamento. Entre los profesores se contaron dignísimos sacerdo-

tes de la ciencia que gratuitamente prestaron su esfuerzo y sembraron elocuentes y sábias enseñanzas en los entendimientos de cientos de alumnos, pues nada más cierto sino que hombres y niños, adultos y adolescentes han acudido á centenares á las aulas de EL FOMENTO, deseosos de escuchar la voz que había de llevar á su mente los gérmenes del saber, y de presenciar los ejemplos que empujaran su corazón por los senderos de la virtud.

Las primeras letras, la aritmética, la geometría, la historia, la geografía, la física, ciencias son que durante el año último se han enseñado á los alumnos que á las clases concurren; y el dibujo, el francés el alemán, el derecho público, la economía política y otras muchas, han dado un contingente numeroso y variado á las explicaciones que afanosos oían los que deseaban ilustrarse con mas amplias enseñanzas.

Durante este periodo cuyos accidentes he de referir, yo no sé que ha sido mas digno de aplauso: si la constancia de los profesores y su emulación nobilísima por dar cumplimiento fiel á sus deberes, ó el estímulo incesante de los alumnos, y su fé en el estudio y en el trabajo.

Y aquí se ocurre hacer mención de un hecho notable. Si hubiéseis venido alguna noche á escuchar las explicaciones de las asignaturas que aquí se han cursado, habríais tenido sobrada ocasión de advertir que esos bancos que ahora ocupais, estaban llenos de obreros; ya adultos de atezada faz y ceño endurecido, ya adolescentes de mirada penetrante y de frente bañada por los restos del sudor del día, que, despreciando el cansancio, negándose á sí mismos la fatiga, olvidando que de sol á sol prestaron su fuerza y su energía al concurso universal de la actividad humana; que dando pruebas de plausible vigor, y no parando mientes en el desfallecimiento que sus miembros enervara, acudían ansiosos á este lugar en que esperaban recibir las lecciones, anhelosos de educar su entendimiento y su razón, por que comprendían que este es el único medio de arrebatarse á la ignorancia, de huir del bochornoso dominio de las pasiones y de salvar el abismo de la estupidez que, de no ser corregida, cuando no les lleva al idiotismo ó al crimen, les deja entre las garras de otro monstruo cruel: la superstición.

Prueba evidéntísima de las notorias ventajas que EL FOMENTO DE LAS ARTES ofrece á nuestro pueblo teneis al leer el cuadro de Profesores y asignaturas que á modo de *Apéndice* acaba esta mal urdida *Memoria*; y si á esto añadís la suma de verdades, el núcleo de ideas, el portentoso conjunto de brillantes pensamientos que desde esta tribuna han vertido labios elocuentes en numerosas conferencias, fácilmente podreis comprender cuantos beneficios y cuán grandes ha reportado á Granada, tan modesta como noble institución.

Aquí hablaron, el ilustre presidente de esta Sociedad, señor don Vicente Arteaga González, haciendo un magnífico discurso el día de la apertura del curso académico, que fué seguido de otro elocuentísimo de D. Miguel Fernández Jiménez; habló el insigne orador granadino Sr. D. Antonio López Muñoz, haciendo una oración brillante tan celebrada por los sábios, como aplaudida por los menos instruidos, pues que en ella había elevados

conceptos, ingeniosas frases, máximas profundas y severos preceptos acerca de la «Enseñanza primaria gratuita y obligatoria.» Habló D. Jerónimo Montilla y Adán, desenvolviendo con exquisita corrección y admirable lucidez el hermoso concepto de «La familia.» En las noches del 22 de Octubre y del 19 de Noviembre, Juan Huertas Lozano pronunció dos correctas oraciones: una sobre las «Causas que originan la crisis religiosa de nuestros tiempos» y otra acerca de la «Expulsión de los moriscos de España.» La prensa periódica local juzgó estas conferencias que yo no he de calificar. El día 4 de Diciembre habló el distinguido letrado y escritor público D. Angel del Arco y Molinero acerca de «Los escritores granadinos del siglo XVI» siendo aplaudida con entusiasmo su conferencia. Dió otra el 14 de Enero de este año respecto de las «Bases en que debe descansar la organización de establecimientos penitenciarios para el cumplimiento de su fin,» el ilustre abogado de este Colegio D. Antonio Travesí Castellote. Siguió el discreto periodista D. Cayetano del Castillo Tejada, hablando con precisión admirable y erudición notoria de «La civilización árabe; causas de su engrandecimiento y decadencia.» Don Antonio Díaz Domínguez, que con inimitable claridad y elocuencia dió una idea acabadísima de «La Justicia Popular como institución política, histórica, y jurídica;» y Don Enrique Galvez Fernandez que desarrolló con maravillosa exactitud y corrección el tema: «El Estado en sus relaciones con los demás organismos sociales.»

Si por las cuestiones que han sido base de estas conferencias ha de juzgarse á EL FOMENTO, á buen seguro que nadie podrá negarle un átomo de la gloria que cabe á las instituciones bienhechoras del hombre, del pueblo, de la humanidad entera. Desentrañados en aquellas los mas árduos problemas; estudiados los principios, las esencias y los accidentes de cuanto hace relación con la vida social de los pueblos, se han lanzado desde esta tribuna alabanzas y anatemas, se han deshecho errores, se han proclamado máximas, se hizo ciencia, en fin, apagando el eco de los aplausos tributados á los oradores, el repugnante y áspero crujir de los viejos edificios de las supersticiones que se hundían al rudo embate de la palabra elocuente.

El génio que no cabía en el límite estrecho del cerebro de un hombre, voló á los espacios en busca de más dilatadas esferas, y desde aquel instante, del inolvidable D. Manuel Fernandez y González no quedó más que el imperecedero recuerdo de su laboriosa existencia. Con afán infinito corrió EL FOMENTO á rendir tributo de admiración á su memoria, honrándose al manifestar el duelo que le affigia al ver desaparecer por ley inevitable al más fecundo de nuestros novelistas, que supo recomponer con su pluma vigorosa y fantástica las elocuentes tradiciones de pasadas épocas, dándonos á conocer con preciosos detalles la vida de nuestros abuelos, envuelta en las formas originalísimas de una novela que inventara.

Murió también el primer Secretario de la Junta Directiva de la Asociación, y á su sepelio acudió esta presurosa á cubrir su tumba con lozanas siemprevivas, símbolo de profundo duelo; entre los recuerdos que EL FOMENTO DE LAS ARTES guarda, el de Juan Huertas vivirá con holgura mucho tiempo, porque EL FOMENTO en prueba de inmensa simpatía, honra siempre con creces

á quien dedica su esfuerzo á la defensa de la causa de los oprimidos.

¡Descansen en paz los muertos!

Juzgo, señores, acabada la tarea que el reglamento me impone; pero antes de terminar esta modestísima y desatinada relación que os vengo haciendo, creo preciso señalar algún concepto relacionado con la vida de esta Sociedad

Nada hay más grande ni más noble que «enseñar al que no sabe;» entendiéndolo de este modo las madres amantes de la fortuna de sus hijos y los hombres todos que cualquier síñal ocupen en los altos puestos de la gobernación del Estado; entendiéndolo cuantos se inspiren en deseos fervientes de ver engrandecida y redimida la patria, nunca tan grande ni tan libre como cuando en sus hijos vive el respeto á todos los derechos del ciudadano, y la idea del derecho de cada cual al goce de los bienes significados por el ejercicio de los altos principios de la fraternidad.

Tan grande es la misión del que enseña, que se iguala á la tarea del que trabaja.

Si obrero es el último, que presta su esfuerzo á la causa común de los obreros de las artes para realizar las maravillosas obras que por todas partes nos rodean, no tan bellas como útiles, cuando responden á las necesidades que en su pequeñez admirable se ha creado la naturaleza humana; obrero es también el que poniendo las actividades de su inteligencia al servicio de las grandes causas, lleva el saber á las masas populares, y trabaja para abrir nuevos campos de gloria á la industria de los hombres.

Allí donde acaban los mecanismos; en donde termina la acción del obrero que construye, del obrero que forma, empieza el derecho de la imaginación que se inspira, de la inteligencia que crea, del entendimiento que dirige, informando la esencia de los conjuntos que más tarde ha de personificar por su industria la mano hábil del obrero material.

Un equilibrio portentoso; una mutualidad grandiosa de actividades que se complementan, existen entre los dos; por eso, cuando los que saben, cuando los que estudian no llevan lo que estudian y lo que saben á poder de la masa popular obrera, sino que huyendo al contacto de los hijos del trabajo, se cifien á perseguir de continuo las elucubraciones de la ciencia, para encerrar sus productos en el seno de enormes libros que el pueblo no comprende; cuando esto hacen repito, faltan esencialmente á la alta misión que cumplido hubieran, si hubieran predicado su sabiduría entre los hijos del pueblo.

Nada tan digno de respeto, nada tan sagrado para los que saben, como esclarecer el entendimiento de los que ignoran; correspondiendo en esta forma á los servicios que el obrero material le presta en el mundo de las cosas, cumplen la ley de reciprocidad que sobre los unos y los otros vive, obligándoles á coadyuvar en común á la gran obra de la redención humana, realizada cuando haya alcanzado su mayor apojee el ejercicio de la Justicia inspirada en la absoluta Verdad, y del Trabajo mantenido en los soberanos principios de la Ciencia.

A esta hermosa obra de confraternidad tiende EL FOMENTO DE LAS ARTES: si mantenemos en tan noble actitud á EL FOMENTO,

suya será la gloria de haber sido un elemento más que se unió á las huestes que trabajan en pro de la emancipación del hombre, y de nuestra conciencia el goce íntimo é indefinible de haber llevado á la clase popular, que es nervio de la nación, base de la sociedad, gloria de la patria, algo que sirva para redimirle y arrancarla de las vergonzosas tutelas que la oprimen.
¡Quiera el destino que estos propósitos se cumplan!

JOSÉ HUERTAS LOZANO.

CURSO DE 1887 A 1888.

APÉNDICE.

Asignaturas.	Profesores.
LECTURA.....	D. José Aguilera López. D. Enrique Mendoza Roselló. D. Diego Fernández Herrera.
ESCRITURA.....	D. José Aguilera López. D. Enrique Mendoza Roselló
GRAMÁTICA.....	D. José Aguilera López.
ARITMÉTICA SUPERIOR Y SISTEMA MÉTRICO.....	D. José Aguilera Garrido. D. Fernando Rodríguez Aguilera.
ARITMÉTICA ELEMENTAL..	D. José Aguilera López. D. Enrique Mendoza Roselló. D. Enrique Soler Hita. D. Avelino Jimenez.
GEOMETRÍA APLICADA....	D. José Aguilera López.
GEOGRAFÍA.....	El mismo.
HISTORIA DE ESPAÑA....	D. Juan Huertas Lozano.
DIBUJO.....	D. José Gomez Zamora. D. Gregorio Fernández Merayo. D. Francisco Tejada Videgain.
TAQUIGRAFÍA.....	D. José Martínez de Castilla. D. Pablo Castillo.
FRANCÉS.....	D.ª Aurelia Payán. D. Agustín Rodríguez Aguilera. D. Luis Huete Tejero.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR DE ESTUDIOS
DON LUIS SANSON.

Al siempre querido y respetado maestro, el sabio catedrático de Historia Natural de este Instituto, D. Rafael García Álvarez, dedica este trabajo, humilde muestra de sus profundas enseñanzas, su antiguo discípulo

Luis Sansón.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Honrado por la Junta directiva de *El Fomento de las Artes* con el encargo de hacer el discurso de apertura de los estudios de esta popular sociedad en el curso de 1888 á 1889, permitidme que antes de todo os exprese el temor que sentí al emprender este trabajo, temor que nacia no solo de mi reconocida insuficiencia, sino de la necesidad que me obligaba á ocupar vuestra atención en un dia de tanta solemnidad para esta modestísima sociedad, cual es el de la inauguración de sus tareas, en el que cada año habeis tenido la dicha gratísima de oír discursos nutridos de ciencia y admirables por la belleza de su forma, como obras maestras que eran de los hombres mas sabios y elocuentes de esta culta y hermosa ciudad de Granada. Colocado, pues, en tan desventajosisimas condiciones, no siendo ni sabio ni elocuente y careciendo además de autoridad dentro y fuera de aquí, si me decidí á desempeñar mi cometido, fué confiado en vuestra indulgencia, creyendo que no habeis de negármela, cuando vengo á este sitio sin pretensiones de ninguna clase, impelido por el deber que me impone el cargo que desempeño en *El Fomento de las Artes*.

Y ya que me he entregado á vuestra benevolencia, séame permitido también, antes de entrar en materia, que en presencia de esa corona fúnebre y de los negros crespones que cubren esa modesta tribuna, consagre un recuerdo á la memoria de un compañero querido, de un amigo del alma, del inolvidable Juan Huertas

Lozano, alma noble, corazón ardiente, imaginación poderosa, inteligencia preclara, muerto en los albores de la juventud, pues era casi un niño; pero, señores, siento no tener palabras para espresaros la honda pena que con tan irreparable pérdida experimentó *El Fomento de las Artes*. Para que la comprendais, solo os diré, que si Granada toda, sin distinción de clases, ni de opiniones, se vistió de luto el día de la muerte de Juan Huertas, ¿qué no habria de sentir esta sociedad á la cual consagró todas sus energías y todas sus actividades, y qué no hemos de sentir nosotros ahora y siempre, mientras exista esta institución, cuando no se puede entrar en este recinto sin que sus paredes traigan á nuestro oído el eco de aquella palabra hermosa, convencida, apasionada, varonil y elocuentísima, que el hado cruel cortó para siempre, arrebatando á Granada una de sus mas preciadas esperanzas, á la causa de la humanidad, de la libertad y del progreso, un incansable propagandista y al *Fomento de las Artes* su mas entusiasta defensor?

Hechas estas dos manifestaciones, salidas ambas del fondo de mi alma, paso ya á emitir ó apuntar algunas ideas sobre «La evolución y la revolución», obgeto de mi discurso, y no digo que voy á desarrollar ambos conceptos, porque esto no seria cierto, dadas la magnitud del tema y la escaséz de mis conocimientos.

Señores: aun no hace treinta años que allá en la tierra de Bacon, de Newton y de Hobbes, en Inglaterra, un naturalista notable, un viajero incansable, un observador profundo, un verdadero sabio, descendiente también de sabios y naturalistas, Carlos Darwin, en fin, publicó un libro llamado á producir un cambio completo en las ciencias naturales, y por consecuencia de la índole de las cuestiones que presentaba en la Antropología, para llevar después su acción á la esfera de la filosofía, de la religión y hasta de la política. Ni la teoría de la gravitación universal, ni las leyes de Kepler, que rigen las revoluciones de los astros, ni la teoría de la emisión de Newton ó la de las ondulaciones de Descartes en Física, ni la de Lavoisier en Química, ni la de La Place en Cosmografía, ni la de la unidad de las fuerzas, ni la celular en Biología, ni la parasitaria en Medicina, ninguna, por fin, de tantas como han transformado las ciencias en estos úl-

timos tiempos, ha tenido tanto eco, y obtenido un éxito tan completo y en tan pocos años como la teoría de la evolución ó trasformismo, doctrina genealógica ó teoría de la descendencia, concepción general del mundo, unitaria ó monística, causal ó mecánica, que bajo todos estos nombres se conoce la doctrina sustentada por Darwin en su libro «Origen de las Especies», y desenvuelta en sus numerosas obras posteriores, principalmente en «La variación de las especies» y en «La descendencia del hombre». Y no es, señores, que precisamente el sabio naturalista inglés haya sido, ni en geología ni en biología, el fundador de la teoría evolutiva, porque ya antes que él muchos sabios y filósofos, entre otros menos célebres, Lamarek, Goethe, Saint Hilaire, Treviranns, Oken, Kant, Lyell habian tratado de explicar la formación del mundo y de los seres organizados por cambios lentos, graduales y constantes que por manera insensible han transformado y transforman cosas y especies unas en otras. Es que, antes que él, nadie había presentado las causas naturales y científicas de estas transformaciones, explicado su modo de obrar y formulado las leyes fijas y generales á que obedecen, como son la de la selección, la de la lucha por la existencia y la de la herencia, que eternamente llevarán el nombre de leyes darwinianas, como las que rigen el movimiento de los astros llevan el de Newton y Kepler. Es que la época en que apareció el libro de Darwin, por los adelantos científicos, por la extensión de los conocimientos de las ciencias naturales y por el descrédito en que habian caído las esplicaciones teológicas y milagrosas, era la mas adecuada para la aceptación de una doctrina tan racional y científica como la trasformista, y así se explica que en tan pocos años haya recorrido tan gran camino y adquirido tanta extensión, pasando del campo de la Historia natural, donde nació, al de las demás ciencias físicas y naturales, de estas al de las filosóficas, políticas y sociales y de aquí, á la sociedad en masa por la generalización del lenguaje, en el que se han hecho de uso vulgar y corriente las palabras que expresan los diversos conceptos de la teoría darwinista, como evolución, selección, adaptación, lucha por la existencia, herencia, atavismo, y mas que se oyen en boca de todo el mundo, y que las emplea, tal

vez, como tantas otras, sin comprender su verdadero valor científico, pero que por lo mismo demuestra al menos, su inmenso prestigio y el dominio que ejerce sobre todos los hombres de ciencia sin distinción, los que no tienen mas remedio que admitirla como verdadera, como la de la gravitación, por ejemplo, mientras que otra mas racional, fundada en nuevos hechos, no venga á modificarla ó destruirla.

Hasta la misma naturaleza anticientífica de los argumentos que se han empleado para combatirla, así como las numerosas deserciones del campo contrario, han contribuido á un éxito tan completo. Pero donde se vió resaltar con más relieve la diferencia que existe entre el concepto evolutivo y revolucionario, donde la lucha fué mas empeñada y donde alcanzó el primer triunfo la doctrina de la evolución, fué en la Geología. Hubo un tiempo en que los cataclismos, los cambios bruscos y violentos, las erupciones volcánicas, los terremotos, la salida de los mares, los diluvios, la destrucción rápida y completa de las especies vegetales y animales, el nacimiento de otras nuevas por manera también milagrosa, intervención de los cometas, cambio de la eclíptica, que todo esto y mucho mas se comprendía bajo la denominación de revoluciones terrestres. estuvo en boga para explicar la historia natural del globo que habitamos y todos los fenómenos geológicos y geogénicos. No habia dificultad que no fuese vencida con el auxilio de algún cataclismo, ni duda que no fuese resuelta con la intervención de algún hecho violento. Estos, á manera de milagros, venian á ser el "Deus ex maquina," que aclaraba todas las nebulosidades de las escenas representadas en nuestro globo. El principio de Linneo de que la naturaleza no procede á saltos, la teoría neptuniana, la de los agentes naturales obrando siempre de una manera lenta, constante y permanente, el "gutpa semper cadéns," en fin, todo lo que encierra la idea de la evolución, quedó relegado al olvido y sus partidarios fueron menospreciados, cuando no llamados ignorantes: sucedió con ellos una cosa parecida á lo que antes habia pasado con los sostenedores de la teoría de las ondulaciones enfrente de la de la emisión, para explicar los fenómenos del eter; que Descartes fué vencido por Newton. Cuvier con sus estudios sobre

Anatomía comparada, con sus descubrimientos paleontológicos, y sobre todo con su gran genio, triunfaba en el campo de las ciencias naturales, como Plutón en el interior de la tierra con su fuego central. Fue necesario para echar por tierra y desacreditar para siempre las revoluciones mitológicas del sabio naturalista francés, la nueva elaboración de ideas á que dió origen la notable obra del geólogo inglés Lyell, "Principios de Geología", en la que demostraba de una manera irrefutable la lenta é incesante transformación de la corteza terrestre, la existencia de inmensos periodos que comprenden millares de años, el encadenamiento sin interrupción de toda la historia geológica del globo, el predominio absoluto de causas siempre existentes, siempre en actividad, y produciendo siempre los mismos efectos, lo mismo hoy á nuestra vista, que ayer antes de la aparición del hombre sobre la tierra. Pero aun así, el triunfo no fué completo, pues si bien es cierto que la mayoría de los geólogos siguió la teoría de Lyell, en cuanto á los estudios paleontológicos y biológicos se siguió sosteniendo la inmutabilidad de las especies y las creaciones sucesivas, siendo precisamente entonces cuando Cuvier alcanzaba su pasajera victoria sobre el filósofo naturalista Lamarck. Cuando se puede decir que la teoría de la evolución sustituyó por completo á la de las revoluciones en todo orden de conocimientos científicos, fué treinta años mas tarde con la publicación de las obras de Darwin. Y desde entonces, señores, ¡que cambio mas completo y radical! Hoy se admite y se sostiene por la mayoría de los hombres de ciencia que todo es lento, tranquilo, constante, sucesivo y sin alteración aparente, resultando la transformación al cabo de los siglos. A los acontecimientos repentinos han sucedido los periodos interminables. Continentes, valles, cuencas, montes, cordilleras y oceanos se han formado de dicha manera; y si la ley es cierta para el reino mineral, no lo es menos para el vegetal y el animal: la vida sucede á la vida lenta, constantemente y sin violencia; unas formas sustituyen á las otras insensiblemente; y en el transcurso de periodos inmensos de tiempo y á causa de leyes eternas que obran hoy de la misma manera y forma que obraban al parecer sobre la tierra el primer ser organizado, las especies se han transformado unas

en otras, dando lugar á todas las formas hoy existentes, despues de haber pasado por las que los descubrimientos paleontológicos nos enseñan. Pero como no hay escuela que no sea exclusivista, y como además los discípulos exageran siempre las ideas de los maestros, los partidarios de la evolución han ido mas allá que sus fundadores, y llegan, no ya á quitar importancia á las revoluciones, sino hasta á negarlas, lo mismo en el mundo físico que en el del espíritu, error gravísimo que voy á intentar poner de manifiesto en lo que resta de mi discurso.

Como ya he dicho antes, la esencia del transformismo, que es en lo que se funda precisamente su mérito y la importancia adquirida, consiste en la explicación de todos los hechos que se refieren á la vida por leyes generales que obedecen á causas naturales ó mecánicas, que no son distintas de las demás que rigen á la materia, que han obrado siempre lo mismo hoy que ayer y cuya existencia se puede comprobar en todo momento, y en el abandono ó repulsión de todo agente distinto de estas causas, ó con un modo de obrar diferente del ordinario, y por lo tanto de toda ingerencia extraña á la naturaleza, no ya solo de caracter milagroso, sino de extraordinario ó fuera del natural. Y como en el sistema de las creaciones sucesivas, de los arquetipos y de la invariabilidad de las especies, los cataclismos ó sean las revoluciones, el papel que representaban era el de agentes sobrenaturales, de aquí que, no siendo ya necesarias en la concepción mecánica del mundo, se negasen no solo sus efectos, sino hasta su existencia. Pero si se demuestra que estas han existido y existen, que obedecen á causas naturales y que su intervención en el desarrollo de la vida del mundo no altera en nada las leyes porque esta se rige, podremos continuar siendo muy transformistas, muy evolucionistas y darwinistas, y sin embargo admitir en unión de los cambios lentos los bruscos y violentos que coadyuvan rapidamente, en un momento dado, á la general transformación de toda la materia.

Ahora bien; ¿como negar las revoluciones ó cataclismos, cuando han dejado señales indelebles de su paso sobre la tierra y cuando las vemos realizarse bajo nuestros mismos ojos? Y aunque no sean necesarias en la teoría evolutiva para explicar las tras-

formaciones geológicas y biológicas en virtud de causas permanentes, si aquellas no son mas que un modo de obrar rápido de estas, ¿como negar sus efectos favorables al resultado final? El agua, el aire, el calórico, el lumínico, el eléctrico son los agentes generales y permanentes productores de los cambios y transformaciones porque ha pasado y pasa la tierra; pero cuando el aire se convierte en huracán que todo lo arrolla, el agua en nube y la nube en rio desbordado que todo lo inunda, el calórico en terremoto que todo lo trastorna ó en volcán que todo lo abrasa, la luz y la electricidad en rayo que mata, ¿las revoluciones ó cataclismos que producen dejarán de ser efectos, aunque pasajeros de las mismas causas? ¿No es la gravedad la que hace descender las aguas de las montañas á los valles y de estos al mar, lo mismo cuando los rios que las forman corren pacíficamente, que cuando á consecuencia de grandes lluvias, las arrastran con violencia, arrollándolo todo á su paso en virtud á la ley de las velocidades? ¿No es la dilatación del vapor de agua á virtud de la fuerza expansiva de los gases la que hace que la locomotora marche mas ó menos velozmente sobre los rails, y la que le hace también que estalle violentamente? Pues si las revoluciones existen y son efectos de las mismas causas, habrán quedado relegadas al olvido por la teoría darwinista como necesarias y únicas para explicar la historia evolutiva del mundo, pero subsistirán como hechos naturales que han desempeñado y seguirán desempeñando un papel importante en la misma.

Y si de la historia de la tierra pasamos á la del hombre, esta no ha quedado fuera de la corriente impresa á los conocimientos científicos por las doctrinas darwinistas, y aquí como allí se han extremado los argumentos por los partidarios de las nuevas ideas, los que en su exclusivismo llegan también á desconocer la razón y necesidad de las revoluciones sociales, así como su importancia é influencia en el desenvolvimiento de la humanidad. Es cierto que los partidarios de esta escuela, no niegan las revoluciones ó sean esos acontecimientos mas ó menos violentos y terribles que en poco tiempo, á manera de los de la naturaleza, destruyen todo lo existente en el momento en que se producen ó lo cambian de una manera esen-

cial, dando nacimiento á instituciones nuevas. Pero las condenan, lo que es peor, en nombre del progreso, cuyos partidarios se llaman, como los reaccionarios las maldicen en nombre de la tradicion y del pasado, y las declaran perjudiciales y contraproducentes, por que en ellas se cumple el principio físico, que aquí sería moral, de que la reacción es siempre igual y contraria á la acción que le produce, y porque las reformas no son viables ni estables mientras no se han preparado antes con una labor lenta y constante en la conciencia de los hombres

Desde luego, señores, á todos ustedes se les alcanzará que en lo que estoy diciendo no me dirijo á los partidarios del pasado, á los que niegan el progreso, á los sostenedores de la inmovilidad y permanencia de las instituciones humanas, ya sean políticas, religiosas ó sociales, porque para estos lo mismo significa la evolución que la revolución, que no es en último resultado otra cosa que una forma rápida de aquella. Me dirijo á los que, llamándose liberales, é innovadores condenan las revoluciones en nombre de una pretendida evolución que deducen de la doctrina transformista de la naturaleza, fabricada á su gusto y para sus fines particulares. Porque, señores, los partidarios de esta, que además por lo general son muy espiritualistas muy providencialistas, muy creyentes, y hasta muy católicos, olvidan que el fundamento de la teoría darwinista consiste en rechazar toda intervención milagrosa, sobrenatural y extraña á las fuerzas físicas, en no reconocer en la naturaleza, lo mismo en lo que respecta al mundo físico que en lo que se llama mundo moral, otras causas que las puramente mecánicas, y por consiguiente en la negación de un plan anterior y en el no reconocimiento de las causas finales y de toda providencia. Yo me explicaría mejor que á los darwinistas se les arguyese de conservadores y de fatalistas, porque para esto podría existir algún fundamento; pero entiendo que es un contrasentido ser partidario de la providencia y de la libertad humana y condenar las revoluciones en nombre de una doctrina monística y mecánica. Mas lógico sería que los evolucionistas rechazasen las revoluciones en nombre de la providencia y de Dios, y las condenaran como producto del espíritu del mal, que no en nombre de una doctrina que desconoce y niega todas estas cosas.

Pero la teoría darwinista, aun sacada de la esfera del mundo vegetal y animal y llevada al hombre actual cuando se ha separado por la selección y la evolución, si se quiere, de la escala animal, adquiriendo á su vez caracteres esencialísimos que abren un abismo entre él y el resto de la animalidad, rechaza en absoluto, como contraria á sus principios, las revoluciones de la humanidad? Entiendo que no, y aun suponiendo identidad de condiciones, digo de las revoluciones sociales lo que he dicho de las revoluciones físicas: que son tan necesarias como estas y producen en lo humano los mismos efectos que aquellas en lo natural; que son una forma apresurada de la evolución; que lejos de oponerse á esta y contrariarla, la confirman y favorecen: y que ambas contribuyen, ó mejor dicho, son los medios por los que se realizan el desenvolvimiento de la humanidad y el progreso social. Lo único que se podría objetar y este no sería un argumento sacado de la teoría darwinista, es que en las revoluciones de la naturaleza la voluntad y la libertad no intervienen para nada, y en las humanas pueden producirse; pero siendo esto así, lo que se deduciría es que habría revoluciones útiles y revoluciones perjudiciales, y que serían viables aquellas que representasen un progreso, un perfeccionamiento social, y efímeras las que tendieran á detener ó hacer retroceder á la humanidad en su camino de bienestar y mejoramiento, que es precisamente lo que han sostenido todos los revolucionarios presentes y pasados, y es doctrina sancionada por el lenguaje político que no llama revoluciones sino reacciones á esta última clase de movimientos.

En la lucha por la existencia, y concededme, señores, que siga manteniéndome dentro de la teoría de Darwin, puesto que en su nombre se combaten las revoluciones, en la lucha por la existencia, digo, llamados á sucumbir los mas débiles, la fuerza se impone; y si en las relaciones de individuo á individuo, por el progreso de la humanidad esta lucha de brutal se ha transformado en moral, dando la ventaja á los mas inteligentes, laboriosos y honrados, hasta hoy, al menos, en lo que se refiere á las competencias de nación á nación, de pueblo á pueblo, los mas fuertes y mejor organizados para la guerra son los que vencen, por

lo que necesitan en su régimen interior ciertas condiciones sociales, políticas y religiosas, que casi nunca las han obtenido sino mediante continuas guerras intestinas y violentas revoluciones.

La historia general y particular de cada pueblo así nos lo demuestra, por lo que me voy á permitir echar una mirada por este campo tan socorrido; pero no temáis, que vá á ser rapidísima. Las ciudades de Atenas, Esparta y Tebas no ejercieron sus respectivas hegemonías sobre la Grecia, sino después de las crueles luchas que sostuvieron en su interior los demócratas con los aristócratas; cada triunfo que Roma obtiene sobre los pueblos extranjeros, coincide con una revolución dentro de la ciudad, por cuyo violento medio la plebe arranca nuevos derechos á la soberbia aristocracia; y el Imperio no se impone sobre la República sino después de las horribles matanzas y procripciones de Mario y Sila y al cabo de largas guerras civiles y cruentas batallas, en las que perecieron los austeros caballeros que aun quedaban de la antigua y gloriosa República. La caída del imperio de Occidente tiene lugar cuando los hambrientos bárbaros contenidos por el valor y fortaleza de los pueblos civilizados, debilitados y envilecidos estos por la corrupción y el despotismo, carecieron ya de alientos que seguir oponiendo á sus invasiones; y á su vez la del Oriente, se realiza cuando Constantinopla, destrozada por la lucha de los partidos y de las sectas religiosas, se halló frente á frente de los poderosos turcos, fuertes con su organización política y religiosa. En la edad media la lucha y la guerra es continua, en el exterior de pueblo á pueblo, y en el interior entre la nobleza y la plebe, entre los reyes y la Iglesia; y hasta la religión, cuyo sentimiento aparece alejar de sí toda idea de violencia, se manifiesta en esta época, y mucho más en la posterior, por medio de herejías continuas, que son destruidas á sangre y fuego, y por luchas religiosas que terminan con la guerra de los treinta años, la más sangrienta y cruel que registra la historia de la humanidad, pero á cuyo fin, es necesario reconocerlo, se establece la tolerancia religiosa, conquista la más preciosa del espíritu humano y que compensa las lágrimas y la sangre derramadas para alcanzarla; la revolución francesa, esa sacudida gigante de un pueblo que rompe

sus cadenas, cuyo centenario se prepara á celebrar la vecina República con las fiestas del trabajo, hizo adelantar en pocos años á la humanidad por el camino de la igualdad, de la libertad y fraternidad mucho más que diez y ocho siglos de propaganda cristiana; del mismo modo las guerras de Napoleón, guerrero tan perjudicial á la nación francesa que no supo resistir ni su gloria, ni su despotismo, volvieron á la vida á los pueblos de Europa, que como el español morían enervados por la tiranía y la intolerancia religiosa; y ¿pero á qué continuar un relato que se haría interminable? La historia particular de cada nación, como la general está formada por una serie de guerras y de revoluciones que han ocasionado el engrandecimiento de unos Estados á costa de otros. y después de las que, con raras excepciones, se han realizado mejoras y perfeccionamientos en el interior de los mismos.

Por otra parte, señores, las revoluciones se encuentran perfectamente explicadas dentro de la doctrina transformista y son el resultado necesario del antagonismo que existe entre la tendencia de las especies á la variación y á la inmutabilidad, mediante la ley de la herencia; de modo que á título de ignorar la doctrina evolutiva, se puede ser exclusivamente evolucionista.

Supongamos para esto una innovación cualquiera beneficiosa á la sociedad en general y deseada por la mayoría de los hombres después de una larga propaganda de todo género. Como necesariamente tiene que pugnar con los intereses de los privilegiados que viene á destruir ó modificar, y de los que voluntariamente no se han de dejar arrebatar, por constituir su comodidad material particular y su superioridad sobre los demás, del avance de los unos y de la resistencia de los otros tiene que nacer el choque en el momento preciso y de aquí la violencia y la revolución.

Por último, ¿quereis conocer adonde nos llevaría la doctrina evolucionista rigurosamente aplicada? Un ejemplo vulgar os lo pondrá de manifiesto: La marcha es el medio ordinario de la locomoción del hombre, la carrera y el salto son recursos extraordinarios; ahora bien, ¿qué diriais de uno que sabiendo era perseguido y que corriendo evitaba la persecución, se dejase coger por no salir del método ordinario de la progresión? ¿Qué concepto formaríais de otro que al tropezar en

su camino con una zanja, fácil de saltar, diese un rodeo de muchos kilómetros por no emplear el recurso extraordinario del salto? Pues así deberían proceder los que niegan las revoluciones en todo tiempo y ocasión, á ser lógicos con sus principios; pero afortunadamente son inconsecuentes, y en los momentos supremos, en las horas de las grandes reivindicaciones, contribuyen con sus esfuerzos á que los pueblos corran y aun salten por encima de todos los obstáculos para alcanzar lo que les conviene y de derecho les pertenece.

En fin, señores, ya es tiempo de terminar estos desaliñados conceptos, y voy á hacerlo diciendo: que aun siendo cierto en absoluto el *natura non fecit saltum*; que aun siendo verdad que plantas, animales, hombre, sociedades, estados, todo se desenvuelve y progresa por evolución; que aun siendo absurdo y contraproducente; por ser contrario á las leyes de la naturaleza, querer proceder de otra manera; que aun siendo inoportuna toda tentativa de adelantamiento social fuera de tiempo y sazón, porque el hombre no puede tener mas derechos que los correspondientes al desarrollo social en que vive; que aun siendo vano é inútil todo cambio violento de gobiernos é instituciones, porque otro movimiento también violento se encargará de destruirlo, sin que resultase después adelanto alguno; á pesar de esto y de todos los razonamientos que puedan emplear con apariencia de lógica los enemigos declarados de todo procedimiento revolucionario y amigos encubiertos del *statu quo*, todos los hombres de corazón, comprendiendo que, á manera que el labrador no recoge los frutos del campo sin el sudor de su frente, el mejor abono para que germinen, crezcan y fructifiquen las semillas de las ideas es la sangre de los que las siembran, respetarán y admirarán á los mártires de todas las reformas, guardarán su memoria en el cielo ó en su corazón, según sus creencias, y la historia seguirá dedicando sus mas hermosas páginas al relato de los hechos de los pueblos é individuos que se han levantado en armas contra el despotismo y la iniquidad y han derramado su sangre en defensa de la libertad, del derecho y del bienestar de la humanidad. He dicho.

LOS DOS GENIOS.

Composición original

del socio D. Cayetano del Castillo Tejada, leída por su autor.

A Castilla y á León,
nuevo mundo dió Colón.

I.

Era una lúgubre tarde
Del melancólico invierno;
Densas y pesadas nubes
Encapotaban el cielo;
El vendabal se agitaba
De la montaña en los senos
Cual gigante encadenado
Que anhela romper sus hierros,
Y al revolverse iracundo,
Entre su luchar violento,
Los árboles convertía
En desgredados espectros.
La lluvia que cae sin tregua
Y torna en pantano el suelo,
De lágrimas va esmaltando
El césped de los senderos;
Lágrimas que desaparecen
Al agitarlas el cierzo,
Cual deshechas ilusiones,
Como las dichas que fueron.

De la vega de Granada
Por un angosto sendero,
Sobre una cabalgadura
Cuyos miseros arreos
Asaz claro manifiestan
La pobreza de su dueño,
Triste, mustio, y cabizbajo,
Como perdido viajero
Que en la soledad de arena
Busca en vano rumbo cierto,
Marcha un hidalgo, arrostrando
Las inclemencias del tiempo.
Humilde ropilla, apenas
Arigo presta á su cuerpo,
Que empapa la espesa lluvia
Y yela, tenaz, el viento:
Todo en su porte revela
Dolor, angustias y anhelo;
Que si es miserable el traje,

Triste es su faz en extremo;
Porque las penas del alma,
Que no caben ya en su pecho,
Suben en olas amargas
Hasta su rostro severo,
Y en él van dejando impresas
Las huellas de sus tormentos.

Es Colón. El sol de Italia
Prestó luz á su cerebro;
El Mediterráneo dió
Arrullos á sus ensueños,
Y entre sus brazos de espuma
Transportó su pensamiento
A regiones ignoradas,
Donde entré bruma y misterio
Surgir vió del ancho piélago
Un mundo virgen y espléndido.
Y acariciando en su mente
El más colosal proyecto
Que concibiera la ciencia
E imaginara el deseo,
Marcha el audaz navegante
Buscando ayuda en su empeño:
Mas los grandes le desoyen;
Los sabios juzgan ensueños
De su loca fantasía
Lo que es intuición del genio,
Y en vano el marino llama
A los alcázares regios,
Mendigando un soberano
A quien dar un mundo nuevo,
Que nadie á Colón comprende,
Ni nadie escucha su ruego.
Y si la egregia Isabel,
Que empuña el hispano cetro,
Con impulso generoso
Acoge su pensamiento
Y quiere al genio dar alas
Con que remonte su vuelo,
La oposición de Fernando,
De los nobles los consejos,
La pobreza del erario,
Su decisión van rindiendo,
Y por fin la reina duda;
Que es tan audaz el proyecto,
Que hasta el genio de Isabel
Vacila al acometerlo.

Por eso vuelve el marino
A Francia su pensamiento,
Y para siempre á Castilla
Abandona, mustio y yerto,
En una lúgubre tarde
Del melancólico invierno;
Que tras seis años de luchas
Y de batallar cruento,

Castilla no tiene naves
Que arriesgar en tal empeño:
Y mientras la horrible duda
Doquier le va persiguiendo,
Bajo su frente ardorosa,
Entre olas de pensamientos,
Siente Colón aquel mundo
Agitarse en su cerebro.

Largo trecho lleva andado
El abatido viajero,
Y ya en el puente de Pinos
Va á penetrar, cuando el viento
Hasta sus oídos lleva
Los acompasados ecos
Del galopar de un caballo
Que se aproxima ligero,
Viniendo desde Granada
Veloz como el pensamiento.
Vuelve el genovés el rostro,
Y ve llegar un mancebo,
Que, suelta al bruto la rienda,
Rasga el hijar con el hieiro:
Es un apuesto doncel,
Que acercándosele, atento,
Así le dice, saltando
Del cansado bruto al suelo:
—«Señor, detened el paso;
Volved á Granada presto;
Que la reina de Castilla
A vos me envía ligero,
Para deciros que ampara
Vuestro atrevido proyecto;
Que ella os dará raudas naves
Que, á través del mar inmenso,
Os conduzcan á ese mundo
Que soñó vuestro deseo;
Que á cuanto pedís accede,
Y que de impaciencia lleno
El corazón, allí aguarda
La vuelta del extranjero.»

Una sonrisa de pena
Contrajo el rostro sereno
Del genovés, que vacila
Al sentir que dentro del pecho
Aún está la triste duda
Sus negras alas batiendo.
Mas tal el mancebo pinta
De Isabel el vivo anhelo;
Tal su decisión encomia,
Que por fin, Colón, sintiendo
Descender sobre su alma
Como rocío del cielo
La bienhechora esperanza,

Accede, y ambos poniendo
Hierro á los brutos, á escape
Se lanzan por el sendero
Con dirección á Granada,
Que de la niebla entre el velo
Como sultana entre gasas
Se divisa allá á lo lejos,
Mientras la lluvia, tenaz,
Sigue sin tregua cayendo,
Y el vendaval se revuelve
De la montaña en los senos.

II.

Calmóse el huracán, rasgóse el velo
De densas nubes que empañara el cielo,
Apagando del sol los resplandores,
Y la noche, en su andar pesado y lento,
Fué sembrando en el ancho firmamento
Sus fúlgidos luceros brilladores.

Del nevado Veleta en la alta loma
Su pálido fanal la luna asoma,
Y al reflejar sus rayos rutilantes
En el ramaje húmedo, parecen
Las gotas que en los árboles se mecen,
Sueltos broches de un hilo de diamantes.

De sombra y de misterio rodeada
Se destaca la Alhambra de Granada
Cual mudo y solitario centinela,
Y el estandarte de la Cruz bendita,
Signo del vencedor, raudo se agita
En la elevada torre de la Vela.

La luna en el alcázar penetrando,
Por los finos calados va pasando
De su luz las agujas plateadas,
Que al romperse en las bóvedas sombrías,
Las altas y preciosas galerías
Con mágico festón dejan bordadas.

En raudales de perlas, bullidores,
Se deshacen los lindos saltadores,
Cayendo sobre mármoles preciosos,
Y de las fuentes notas mil rebozan,
Como risas de gnomos que retozan,
Cual besos de las hadas misteriosas.

De Comarés en la soberbia sala,
Do el arte de su génio hiciera gala,
Y donde el lujo por doquiera brilla,
De nobles caballeros rodeada,
En sitial primoroso reclinada
Está la excelsa reina de Castilla.

Blanco brial de plata recamado
Y con finos aljófares bordado,
Donde campan castillos y leones.
Cubre su cuerpo, y en la ebúrnea frente
Una regia diadema refulgente
Recoje de alba toca los crespones.

En joyas y en insignias deslumbrantes,
Esmeraldas zafiros y diamantes,
Reflejando la luz, muestran empeño
En imitar del iris los colores,
Y parece Isabel, entre fulgores,
La aparición fantástica de un sueño.

Ansiosa está la reina; solo mira
Á la dorada puerta, que al fin gira
Dando paso al marino, que atraviesa
Por medio de la corte, y, reverente,
A Isabel, que le acoge sonriente,
La diestra soberana, humilde, besa.

Y luego, de placer emocionado,
Por la esperanza el rostro dilatado,
Con la llama del génio en la mirada,
Así dice Colón:—"Noble señora:
Cuando entre penas que mi pecho aún llora
Por siempre me ausentaba de Granada,

Llena el alma de angustias y de anhelos,
Vuestro mensaje, plácidos consuelos
Vino á dar á mi espíritu abatido;
Vuestra es mi voluntad; si en vuestra frente
Sentís vos, como yo, vivir latente
Un nuevo mundo en el misterio lundido;

Si como yo soñasteis que el Ocaso
Otra virgen región oculta acaso
Que alumbra el sol brillante en su carrera;
Si también á la luz del pensamiento
Mirais, cual yo, con raudo movimiento
Dilatarse y crecer la vieja esfera;

Dadle ligeras naves á mi empeño,
Que por tornar en realidad el sueño
Surcaré el ancho piélago profundo,
Y premio de mi fé, que no desmaya,
Mis barcos tocarán la hispana playa
A remolque trayendo un nuevo mundo.,,"

Dijo, y en la mirada de Isabela,
Cual gota de rocío que riéla,
Vióse lágrima pura y temblorosa,
Que abandonando la pupila ardiente,
Por celos de su luz resplandeciente,
Cruzaba el bello rostro silenciosa.

Y por la fé cristiana iluminada,
Sublime, celestial, transfigurada,
Hasta Colón, que la contempla atento,
Mientras su faz con la esperanza brilla,
Se adelanta la reina de Castilla
Diciendo así con inspirado acento:

—«Audaz marino: si juzgò locura
La ciencia tu proyecto; si impostura
El vulgo dijo ser; si de tu anhelo
Nadie cuenta se diò, más no te afanes,
Que á secundar tus atrevidos planes
Me impulsa con su fé Dios desde el cielo.

Corre á buscar esa región remota
Que entre las brumas del misterio flota;
Y al *fiat* de tu genio soberano,
Surja del mar inmenso y *tenebroso*
Ese mundo que guarda codicioso
En su seno profundo el Océano.

Marcha, Colón, que mi poder te ampara,
Y Dios, que triunfo cierto te prepara,
Te guiará á través del mar profundo;
Marcha, y al ensanchar la vieja esfera,
Que de la Cruz la celestial bandera
Cobije para siempre un nuevo mundo.

Y si agotóse el oro castellano
En hundir el poder del mahometano;
Si Aragón en tu empresa nada fía
Y Castilla no puede suya hacerla
Me bastaré yo sola á acometerla,
Que aún me queda un tesoro de valía.

Toma, Colón, mis joyas mas preciadas;
Ellas den á tu afán naves aladas
Con que cruzar el Océano hirviente;
Que en tanto, con jazmines y con rosas,
Joyas, por ser de Dios, las mas preciosas,
Adornará Isabel su regia frente.»

Y con sus niveas manos separando
La rica pedrería, va arrojando
Ante Colón, absorto, su riqueza,
Mientras el genovés, llenos los ojos
De llanto de alegría, cae de hinojos
Y aplaude, entusiasmada, la nobleza.

Y la pálida luna misteriosa,
Que entrando por la bóveda preciosa
En la sala su luz está esparciendo,
Entre bellos y mágicos fulgores,
Con diadema de rayos tembladores
A Isabel y á Colón está ciñendo.

III

El alba en el oriente sonreía
Con tintas de carmín cubriendo el cielo,
Y el aire entre sus pliegues recogía
Suaves perfumes que robaba al suelo;
Las aves, saludando al nuevo día,
Cruzaban el espacio en rauda vuelo,
Y á la espléndida luz de la alborada
Se alejaba la noche amedrentada.

Sobre la mar que arrulla mansamente
De Palos el lugar, pobre y mezquino,
Tres barcos se columpian blandamente
Al beso de la brisa matutino:
Ocupa sus cubiertas ruda gente
Que de Colón en pòs lleva el destino,
Y del marino, que en la flota impera,
Pará partir las órdenes espera.

Cubre la playa muchedumbre ansiosa
Que se agita, transida de quebranto:
Cada faz, demudada y temblorosa,
Retrata en sus pupilas el espanto;
Y entre la multitud que, temerosa
Por la pronta partida, vierte llanto,
Con la angustia pintada en el semblante
Fray Pérez de Marchena está anhelante.

«En nombre del Señor, despleguen velas,»
Grita Colón con voz clara y potente;
Y dejando en la mar blancas estelas
Que baña con su luz el sol naciente,
Comienzan á marchar las carabelas,
El puerto abandonando lentamente,
Mientras ondéa, al viento enarbolado,
El signo de Jesús Crucificado.

Y de la playa elévase á los cielos
Un eco de pesar triste, angustioso;
Y en la tierra y el mar, blancos pañuelos
Danse el adiós postrero y doloroso;
Y al corazón combaten mil anhelos,
En tanto que Fray Juan, magestuoso,
Su diestra hacia las olas extendiendo
Está las carabelas bendiciendo.

Y mientras que los viento murmurando
En las hinchadas velas, raudamente
Van las ligeras naves empujando
Hacia el confín remoto de Occidente,
Sobre el piélagó inmenso está flotando
El aliento de Dios omnipotente,
Que descendiendo al mar desde la altura,
Del triunfo de Colón prenda es segura.

IV.

Terrible está la noche; escúchase rugiente
Silbar con rabia loca el fiero vendabal,
Percíbese del trueno la voz ruda y potente,
Y cruza los espacios la chispa refulgente,
Y agítanse agua y cielo con ímpetu infernal.

Sobre la mar, que, airada, deshácese en espuma,
Lanzando hasta los cielos bramido aterrador,
De la tormenta horrisona entre la densa bruma
Revuélvese una nave, que como débil pluma,
Ya resistir no puede del piélagó el furor.

Los mástiles deshechos, las velas destrozadas
Hundirse en el abismo con ímpetu se ven,
Y miranse las jarcias caer desanudadas,
Y suben gigantescas las olas encrespadas
La nave sacudiendo con rápido vaivén.

Ocupanla marinos que, tras Colón osado,
Lanzáronse á las ondas un mundo á conquistar;
Mas ¡ay!, que la esperanza los pechos ha dejado,
Y el mar, que se revuelve, rugiendo alborotado,
El barco en el abismo amaga sepultar.

Encima la cubierta agítase la gente
Temblando de pavora, en tanto que Colón,
En medio el torbellino, impávido y valiente,
Los ojos en la brújula, y en Dios fija la mente,
Sus manos con fiera aferra en el timón.

El pánico que cunde, los rostros demudando,
Aumenta por momentos y crece sin cesar,
Con fiebre de locura las frentes trastornando,
Y en voces de venganza se va el miedo tornando
Que siente en aquel trance la gente de la mar.

Y cunde el vocerío, y en gritos sediciosos
Prorrumpen los marinos, y se oyen por doquier
Voces, que entre los truenos que rugen, fragorosos,
Repiten: «muera el loco que á mares *tenebrosos*,
Lanzando nuestras naves nos trajo á perecer!»

Y avanzan los marinos indómitos y arteros,
La ira y la venganza pintadas en la faz;
Y se oyen entre el viento sus gritos de odio fieros;
Y brillan al relámpago sin vaina los aceros
Amenazando el pecho del navegante audaz.

Entonces, soberano y lleno de grandeza,
Heroico, hasta la chusma Colón se adelantó,
Y el pecho descubierto, y alzada la cabeza,
Sin miedo á la muerte, y lleno de entereza,
Así con voz potente, profético, esclamó:

«¿De qué sirve, cobardes, que pretendáis, airados,
Agravios que no os hice, indómitos vengar,
Si, muerto yo, vosotros, por siempre abandonados,
Iréis sin rumbo cierto por mares ignorados
La muerte que os aterra seguros á encontrar?»

Tened fé, cual la tengo, é inunde la esperanza
Los pechos que vacilan de plácido arrebol,
Que el premio á nuestra lucha cercano ya se alcanza,
Y yo os prometo en nombre de Dios, pronta bonanza,
Y la anhelada tierra al despuntar el sol.»

Retírase la gente absorta y fascinada
Por la actitud sublime del hijo de la mar,
Y cual si respondiera á la promesa dada,
Presto huye la tormenta, de sombras cortejada,
Volviendo en el empíreo los astros á brillar.

Y van las carabelas el piélago cruzando,
Mientras la mar dormita, cansada de rugir;
Y de la negra noche las horas van pasando;
Y sobre las cubiertas la gente está esperando
La luz del nuevo día que pronto ha de lucir.

Ya la ligera brisa se agita dulcemente,
Las sienas ardorosas viniendo á refrescar,
Y faja sonrosada dibujase en Oriente
Sobre la densa bruma, que se alza blandamente
Velando de la aurora el casto despertar.

Por fin, de la alborada la tibia luz bendita,
Refleja en las espumas su pálido fulgor;
Y.... ¡tierra!, entusiasmada la ansiosa gente grita,
Y el eco que vibrante sobre la mar se agita,
La voz de ¡tierra!, ¡tierra!, repite en derredor.

Y todos se adelantan hacia el marino osado,
Que el llanto de sus ojos dejando está correr,
Y doblan la rodilla al genio venerado,
Que con la fé por guía, sus naves ha llevado
Á aquella tierra espléndida que ya alcanzan á ver.

Y, loco de ventura, sintiendo arder su frente
Con fuego de los cielos purísimo y creador,
Colón de hinojos cae entre la humilde gente,
Y brota de los pechos un cántico ferviente,
Hossanna que las almas elevan al Señor.

Mientras del mar sereno la sábana azulada
Del sol al primer rayo se mira relucir,
Y entre las mansas olas, la tierra codiciada,
Cual virgen que despierta, tranquila y descuidada
Se ve, llena de encantos, magnífica surgir.

Sus bosques gigantescos de espléndidos verdores
La prestan fresca sombra, y pródigos la dan
Manjares con sus frutos, perfumes con sus flores,
Y trinos con sus aves, que plácidos amores
En las espesas copas cantando siempre están.

En redes de polperos y bancos de corales
Deshácense las olas en lánguido rumor,
Y de un sol esplendente los rayos tropicales,
Quebrándose en los ríos encienden sus cristales,
Doquiera repartiendo la vida y el calor.

Y aquella tierra hermosa que el genio resucita
Del sueño del misterio haciéndola salir,
Al atracar las naves parece que se agita,
Como la casta virgen que de emoción palpita
Del namorado esposo el beso al recibir.

Y premio del anhelo que el alma combatiera
Del genio soberano, magnífico y creador,
Sus ejes dilatando la ya caduca esfera,
Por fin un *nuevo mundo* cobija la bandera
Del Dios de las victorias excelso y triunfador.

Y en tanto el navegante, de dicha enagenado,
La ansiada tierra besa que ya pisando están,
Flotando en el espacio brillante y azulado,
El genio de Isabela y el del marino osado
Un ósculo sublime de paz y amor se dan.

V.

¡Oh Dios del Sinaí, creador omnipotente,
Que das al mar espumas y al suelo das verdor,
Rayos de tu mirada al sol que brilla ardiente,
Gorjeos á las aves, murmurios á las fuentes,
Y vida al Universo, que canta tu loor!

¡Oh Dios grande y sublime que otorgas la victoria
A el alma que te aclama eterno sin cesar!
¡Que ciñes á los genios el lauro de la gloria,
Y llenas con tu nombre el libro de la historia,
Haciendo con tu aliento los orbes palpar!
¡Señor!, ¡Señor!: mi mente se eleva hasta la altura
Donde los mundos ruedan que forman tu escabel,
Y estático te veo, radiante de hermosura,
Lanzar de tu mirada un rayo de luz pura
Que enciende en sacro fuego el alma de Isabel.
¡Granada, mi Granada! Pensil bello y divino
Donde Colón errante llegara á reposar:
¡Bendita! te proclama el estro peregrino;
¡Bendita! porque diste aliento y fe al marino,
Con que lograr del orbe el ámbito ensanchar.
¡Oh genio de Isabela, que con la fe por guía,
Seguiste á un nuevo mundo al genio de Colón!
¡Si aun flotas sobre el cielo de la Granada mía,
Esparce en esta tierra de luz y de poesía
Tus hálitos divinos de fe y de religión!

EL TRABAJO.

*Composición original del socio D. Ángel del Arco Molinera,
leída por su autor.*

«Vibrando prepotente del Eúfrates al Tájo
Resuena un armonioso concierto universal;
La musa del progreso, la lira del trabajo
Elevan al espacio su cántico vital.

Las ciencias y las artes con todos sus misterios,
Son el dios del artífice, su templo es el taller:
La máquina que gira le canta sus psalterios;
Proclaman su grandeza las obras del saber.

El humo de las fábricas que flota en las regiones,
Se eleva como incienso quemado en su loor;
Allí están sus altares; y son sus oraciones
El ruido de la máquina, el grito del vapor.

Cantemos al trabajo! Por él las sociedades
Avanzan en la senda de sábia ilustración;
Por él recobra el pueblo sus santas libertades;
Por él se dignifica, ganando estimación:

Cantemos al trabajo! Él alza monumentos,
Y al pueblo immortaliza que insigne los labró:
De Egipto las Pirámides, magníficos portentos,
Son obra de trabajo; el hombre las alzó.

Cantemos al trabajo! Su amor hace que brote
En chispas el ingenio que dá la inspiración;
Por él las grandes páginas brotaron del Quijote,
Por él hizo Murillo su hermosa Concepción.

El abre de la tierra las cálidas entrañas
Y róbbale tesoros de mágico metal;
El cruza inmensos piélagos y horada las montañas,
Tendiendo así los lazos de amor universal.

Por él Colón sorprende un mundo entre los mares;
Por él nace la imprenta, y es grande Guttemberg;
Por él de los palacios las torres seculares
Soberbias se levantan, mostrando su poder.

Cantemos al trabajo! Quien vive de su fuero,
Es bueno y es honrado; su orgullo es trabajar;
El forma las virtudes: por él ama el obrero
La paz de la familia, los goces del hogar.

Cantemos al trabajo! Por él comprende el hombre
Sus mágicos derechos, y aprende su deber;
Por él gana el artista altísimo renombre;
Por él el pobre obrero se puede ennoblecer.

¿Qué fueron Galileo, Bacon y Hugo de Efeso,
Y Franklin y Newton, Descartes y Pascal?.....
Obreros de la ciencia, atletas del progreso;
Con él, para su gloria, labraron pedestal.

Altísimos ingenios, asombro de la Historia,
Quizá se levantaron del seno del taller:

¿Por esto, acaso, es menos legítima su gloria?.....
Las páginas no pueden sus nombres contener.

Obreros de las ciencias, obreros de las Artes:
¡Amemos al trabajo; la patria os honrará:
Soñad en el ejemplo de Newton ó Descartes.....
Acaso vuestros nombres la Historia escribirá!»

